

Juventudes en tiempos neoliberales: entre la individualización y la violencia¹

Rogelio Roberto Marcial Vázquez²
rmarcial@coljal.edu.mx

2 de octubre y 26 de septiembre:
ni olvido, ni perdón

Resumen

El modelo económico neoliberal, aparcado a partir de teorías individualistas, ha ido relegando a diferentes sectores de la población a la marginalidad y el silencio. El siguiente artículo sostiene una crítica reflexiva acerca del papel de los jóvenes en este sistema político económico. El resquebrajamiento o desarticulación de las trayectorias juveniles otrora más certeras, ha dejado de funcionar. El Estado mexicano ha ido construyendo y consolidando desde al menos 20 años evidentes procesos de criminalización de la disidencia social. Las movilizaciones y protestas juveniles más radicales se “miran” y se “entienden”, es decir, se conciben desde tres procesos para mí muy claros y fuertemente perversos de control social hacia la juventud: la criminalización del joven, de la pobreza y de la disidencia social. Las organizaciones civiles, los colectivos culturales, las asociaciones, los grupos informales, más allá de su basamento (político, ideológico, religioso, estudiantil,

1 Recepción del artículo: 30 de junio de 2015. Aceptación 30 de julio de 2015.

2 Investigador del Colegio de Jalisco <http://www.coljal.edu.mx/rogelio-marcial-vazquez/> experto en temas sobre juventud.

cultural, deportivo, profesional, de ocio, etc.), son los espacios que coadyuvan en la construcción de seguridad, autoestima y sentido a sus participantes; lo que sirve como procesos seguros de resiliencia ante escenarios y experiencias violentas.

Palabras clave: modelo económico neoliberal, juventudes, individualismo, criminalización del joven, criminalización de la disidencia social.

Abstract

Neoliberalism grounded on individualist theories, discriminates many sectors of population to marginalization and silence. This article maintains a critical view about the role of young people in this economic-political system. The cracking or disarticulation of youth's trajectories—once a promising youth—has stopped working. The Mexican government has been building and consolidating for at least 20 years evident processes of criminalization of social dissent. Demonstrations and more radical youth's protests are being “observed” and “understood”, i.e. are conceived from three processes to me very clear, and strongly perverse as social control mechanisms: criminalization of youth, criminalization of poverty and criminalization of social dissent. In contrast, civil society organizations, cultural groups associations, and informal groups beyond their *base* (political, ideological, religious, students-related, cultural, sport-related, professional, entertainment-related, etc.) are spaces that help to build security, self-esteem and community sense of their participants; such spaces serve as safe processes of resilience facing violent scenarios and experiences.

Keywords: neoliberal economic model, youth, individualism, criminalization of youth, criminalization of social dissent.

Hoy en día presenciamos movilizaciones muy diversas de las juventudes en diferentes contextos sociales y escenarios urbanos (América Latina, Medio Oriente, Europa, Asia). Aunque lo que sustenta la mayoría de estas movilizaciones, expresiones y protestas

callejeras en muchas ciudades abarcan temas muy variados, es un hecho que todas ellas tienen que ver con respuestas de diferente nivel y cuño ante lo que se percibe como la clara imposición autoritaria de modelos económicos de corte neoliberal. Para funcionar de acuerdo a sus intereses de proteger y acrecentar el capital financiero internacional, estos modelos estructurales necesitan de la implementación de medidas económicas, políticas y sociales impopulares por parte de los gobiernos nacionales que perjudican a las grandes masas, especialmente a los menos favorecidos. A pesar de que tales medidas impopulares, insisto, pueden referirse a temas muy diversos según los contextos históricos, sociales y culturales de cada nación, la indignación de la población civil (mayoritariamente en edad juvenil) se manifiesta en las plazas y las calles de muchas ciudades ante la cerrazón de sistemas políticos anquilosados y antidemocráticos en los que los partidos políticos, los sindicatos oficiales y las instituciones de gobierno no dan cabida a nuevas propuestas, a canales reales de debate público, a la toma ciudadana de decisiones que nos afectan a todos y a todas, y a la imputabilidad y castigo de quienes, desde estas instituciones, actúan afectando el bienestar social.

Las decisiones centrales se toman en los *lobbies* de la política formal de acuerdo a los lineamientos exigidos por organismos internacionales como la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), la Organización Mundial del Comercio (OMC), el Banco Mundial (BM), etc., para permitir a las naciones endeudadas ser evaluadas positivamente y mantener esta relación perversa de financiamiento/endeudamiento que, finalmente, le cobrará las facturas a la población civil mediante el despojo de tierras a sus pobladores originales, la privatización de servicios que deben ser cubiertos por el Estado, la falta de representatividad de todas las fuerzas e ideologías sociales dentro de la política formal, la enajenación de bienes públicos y su uso irresponsable por parte de funcionarios, el alejamiento del Estado de sus compromisos inherentes a favor del bienestar social e, inclusive, la delegación de decisiones que afectan directamente a la soberanía de cada nación del sur del globo terráqueo. Cada vez es más evidente que los espacios políticos formales para la toma de decisiones (Congresos, Cámaras, Comisiones) son meros “teatros” en los que se “escenifican” procesos democráticos y representativos de “todas” las fuerzas sociales para legitimar decisiones tomadas a espaldas de la población y acordadas de antemano por un número reducido de personajes político-

económicos con intereses muy particulares, ligados a los intereses provenientes más allá de nuestras fronteras nacionales, que se imponen como si fueran los intereses de la población en su conjunto. Dentro de todo este contexto, millones de jóvenes desde el sur actúan dentro de los márgenes en los que se les permite mover so pena de ser violentamente reprimidos si los transgreden; lo que sucede cada vez con mayor frecuencia. La historia de los movimientos sociales, al menos de aquellos en los que la presencia de jóvenes es significativa (indígenas, obreros, estudiantiles, guerrillas, grupos culturales alternativos, disidencias sexuales, etc.), contiene una herencia política radical que en ocasiones es retomada, reelaborada y puesta en práctica por parte de algunos colectivos juveniles.

El Estado mexicano ha ido construyendo y consolidando desde al menos 20 años evidentes procesos de criminalización de la disidencia social. Las movilizaciones y protestas juveniles más radicales se “miran” y se “entienden”, es decir, se conciben desde tres procesos para mí muy claros y fuertemente perversos de control social hacia la juventud. Uno de ellos tiene que ver con la criminalización del joven. En México, desde el movimiento estudiantil de 1968 y su contemporáneo relacionado con la cultura del rock, con diferentes matices y ritmos parecidos a una oleada marítima (vienen y van, pero no desaparecen), se considera que si se es joven se es un “criminal en potencia”, un “delincuente” que en cualquier momento “dañará” la paz pública y la armonía social; por lo que hay que vigilarlo, controlarlo y castigarlo.

Las “olas” más altas de esta “marea” fueron en aquellos años que mencioné (entre 1967 y 1975), durante un periodo de crisis económica y gobernabilidad (1985-1996) y durante la llegada de la extrema derecha al poder y el regreso autoritario del PRI a la Presidencia de la República (2000-2015); siendo Tlatelolco (1968) y Ayotzinapa (2014) los sucesos más lamentables de represión brutal y sin sentido hacia los jóvenes por parte del Estado mexicano a través de sus fuerzas policiacas y militares, y agregando al crimen organizado en el caso de Ayotzinapa en contubernio con quienes nos deben proteger y garantizar nuestros derechos fundamentales.

Por otra parte, el segundo proceso de control hacia la juventud tiene que ver con la criminalización de la pobreza, el cual desde la crisis económica de los años ochenta del siglo xx ha construido una mirada de alerta hacia el pobre, el que carece de los más elemental, porque puede “arriesgarlo todo” en cualquier momento. Por eso también hay que identificarlo

para controlarlo y reprimirlo a través de la marcación de características corporales (raciales y de vestimenta) al estilo del *racial profile* en los Estados Unidos que funciona como un “agravante” y siembra sospechas en determinados sectores empobrecidos de la población tan solo por ser de bajos recursos.

Y finalmente está un tercer proceso de criminalización de la disidencia social, viene desde la llamada “guerra secreta” de hace 5 décadas y actualmente tiene que ver con las medidas impuestas desde los Estados Unidos enmascaradas en una supuesta lucha contra el “terrorismo internacional”, que aún en regiones muy distantes, “pone en peligro” su seguridad nacional y por ello se justifican las intromisiones en otros países y las medidas represivas hacia quienes disienten políticamente de estas miradas globales y neoliberales. Bajo esta trampa se han consolidado procesos de criminalización hacia los movimientos sociales que desatan una fuerte represión y que imputan delitos como “daños a la nación”, “sedición”, “terrorismo”, “subversión”, “incitación a la guerra” a quienes expresan, desde sus derechos más elementales, sus desacuerdos políticos, sus manifestaciones públicas y sus posibilidades de reunirse, organizarse y expresarse al respecto. Tales “delitos” en México son catalogados como “graves” y muchas veces quienes participan en marchas y mítines son inculpados (además con procesos judiciales llenos de trampas e irregularidades) haciéndose acreedores a sentencias de encierro muy prolongadas y sin derecho a fianzas.

Así las cosas, aquel joven de estratos empobrecidos que decide, con todo derecho, a manifestar su disentimiento social es un sujeto “altamente peligroso” y objeto de la represión institucional más cruenta: Ayotzinapa nos viene gritando desde hace dos años en este sentido. Todo lo anterior queda “blindado” a partir de los medios masivos de comunicación en nuestro país (específicamente lo que se ha llamado el “duopolio televisivo”: Televisa y TV Azteca), que participan, construyen, difunden y naturalizan los procesos de criminalización mencionados y las acciones represivas que toma el gobierno al respecto.

Ante ello, las formas de organización colectiva de cuestionamiento social por parte de las juventudes contemporáneas abrevan de una política de la vida cotidiana los significados y las sensibilidades de aquello que consideran importante porque les afecta directamente. Se ven marcadamente desinteresados hacia la política formal (sistema de partidos) porque ya no creen en ella, pero la política en su vida cotidiana les es muy importante. Lo pongo tal y como me lo dijo un joven punk tapatío hace unos años:

[...] a mi realmente no me importa si nos gobierna el PRI, el PAN, el PRD o el que sea. Todos son iguales y, además, yo soy anarquista. A mí lo que me interesa es que ya no me estén deteniendo los policías en cada esquina, que no me den trabajo o no me permitan ingresar a ciertos lugares por mi apariencia, que no cerquen nuestro centro comunitario porque dicen que somos delincuentes y allí vendemos drogas.

En su mayoría no suelen adscribirse a organizaciones civiles que defienden al medio ambiente o los derechos humanos (Green Peace, Amnistía Internacional, Human Rights), pero son muy sensibles ante el deterioro ecológico en sus entornos y comunidades y ante las vejaciones a sus coetáneos por cuestiones raciales, sexuales, culturales. Tal vez prefieren no entender plenamente de macro economía, pero saben que quienes dirigen este país están haciendo muchas cosas mal porque ellos y ellas no están bien materialmente hablando y no tiene asegurado un futuro de bienestar, mientras que nuestros gobernantes los ofenden constantemente con “casas blancas”,³ viajes con gastos exorbitantes y cuantiosos gastos superfluos. Ahora la voz de un joven pandillero de Santa Ana Tepetitlán:

El gobierno tiene que entender que sin chamba [empleo] no solo no hay futuro, ni siquiera hay presente para nosotros.

Es esa política de la vida cotidiana la que les permite posicionamientos ante lo que viven y sufren en sus comunidades, barrios, escuelas, parques, plazas; y las salidas alternativas a ello se encauzan a través de la disidencia, pero en el ámbito cultural, “politizando la cultura”, o en el peor de los casos desgraciadamente hacia la informalidad, la paralegalidad y la ilegalidad.

Mucho de lo que está pasando actualmente con las juventudes contemporáneas tiene que ver con la elaboración, difusión y naturalización de construcciones discursivas que definen a este actor social y las consecuencias de su presencia en sociedad. Las construcciones

3 Se hace referencia al caso de un inmueble, una residencia, cuyo valor alcanza los 7 millones y medio de dólares propiedad del Presidente Enrique Peña Nieto. Al llegar este caso a los medios de comunicación, el gobierno mexicano argumentó que la casa la había comprado la esposa del Presidente, Angélica Rivera, gracias a su salario como actriz profesional de Televisa. En realidad, esto nunca se comprobó.

discursivas de los representantes del poder institucional y de los medios masivos de comunicación suelen instalarse socialmente aparentando que son las únicas y que son muy certeras en sus visiones sobre las y los jóvenes, y sobre las acciones que se llevan a cabo hacia ellas y ellos (desde las inocuas e inoperantes políticas públicas hasta las cruentas acciones represivas). Los y las jóvenes también dan su versión de los hechos, pero sus construcciones discursivas suelen ser invisibilizadas y desestimadas por las instituciones de la sociedad. Es necesario, estoy convencido, posicionar también un discurso proveniente de la academia que aporte un conocimiento certero sustentado en la teoría social y que se anteponga a esos discursos oficiales claramente tendenciosos y falaces provenientes del mundo institucional y, muchas veces, desde la racionalidad y moralidad de los representantes del poder público que olvidan que deben gobernar para todos y todas, incluyendo a la amplia diversidad juvenil que hoy caracteriza a muchas de las ciudades del mundo occidental.

En tal contexto, las instituciones más importantes (educativas, religiosas, culturales y políticas) se encuentran fuertemente desafiadas por parte de las y los jóvenes (pero no sólo por ellas y ellos). Las escuelas sirven hoy a muchos jóvenes solo para ver a sus “cuates” (amigos). No les representa seguridad alguna para la movilidad social mediante la obtención de grados académicos, y las pedagogías existentes, en cambio, les presentan una escuela sumamente aburrida y totalmente desvinculada con la realidad que ellas y ellos viven cotidianamente. A pesar de que muchos y muchas profesan creencias religiosas, las juventudes contemporáneas suelen distanciarse de las iglesias y de sus representantes, no coinciden con buena parte de sus valoraciones morales y éticas, y se alejan cada vez más de los recintos dedicados a los rituales de culto. Las instancias oficiales dedicadas a la cultura y el acceso a ésta por parte de las juventudes suelen trabajar sin interesarse en lo mínimo en lo que los y las jóvenes les interesa, y suelen juzgar sus propuestas culturales como “nada interesantes”, “peligrosas”, “copiando cosas que no son de México” y que “poco” o “nada” contribuyen a la exaltación de “nuestra cultura” (sea lo que sea esto). Los partidos políticos, los sindicatos y buena parte de las organizaciones civiles suelen imprimirles desconfianza y desinterés, son quienes peor la libran en los imaginarios sociales de estas juventudes de nuestros días.

Es claro, entonces, un proceso de “desinstitucionalización juvenil” (Reguillo, 2008) en muchas de las esferas de sus vidas cotidianas. Les resulta muy importante a ellos y ellas

acceder a formas de hacer política que no estén peleadas con lo lúdico. Buscan expresarse, echar adelante algunas banderas o demandas, pero sin dejar de divertirse y aprender al hacerlo. Existe una necesidad por no “caer” en la formalidad de la política institucional y mejor reivindicar formas de organización y expresión más divertidas. Entonces la afectividad juega un papel central en las interacciones y las formas de vincularse en lo colectivo. Hay una clara aceptación para conformar una comunidad diversa pero unida bajo alguna causa, comprometida y solidaria. Buscan, y a veces lo logran, esquemas de relación y organización claramente democráticos en los que la horizontalidad es un fundamento central en el quehacer político. Lo lúdico es lo que muchas veces les permite arribar a expresiones culturales para enarbolar demandas políticas y ciudadanas. Se vinculan a partir de redes horizontales en las que la representatividad y las decisiones pueden estar, en algún momento o situación, en un nodo específico pero en otro momento migrar a otro nodo en particular. Aunque no llegan a desaparecer del todo, se busca eliminar jerarquías y protagonismos individuales para vincularse por gusto y no por obligación.⁴

Paralelo a lo anterior, el fenómeno de violencias en nuestras sociedades se ha incrementado a niveles que ponen en entre dicho la convivencia armónica, y por eso preocupa a gobiernos y sociedades. Al reflexionar sobre las experiencias violentas en las trayectorias de vida de millones de jóvenes del sur debemos reconocer ambos lados de la “moneda”: los jóvenes destacan como víctimas de las violencias y también como perpetradores de actos violentos. Pero debemos atender esta realidad desde una visión amplia que no los condene por ello, y mejor que identifique las posibles acciones que incidan en el decremento de las violencias sociales, que restituyan el tejido social y, así, aminorar los niveles de violencia juvenil en las diferentes esferas de la vida social.

El resquebrajamiento o desarticulación de las trayectorias juveniles otrora más certeras, que con el Estado benefactor de décadas anteriores allanaron un camino lineal y coherente de inserción social juvenil cuyo inicio arrancaba en la familia parental (en su calidad de hijos e hijas), lo que les permitía acceder a la educación formal (escuela) y con ella al mundo laboral, y que les llevaba hasta la posibilidad real de conformar una familia propia (como jefes de familia), ha dejado de funcionar: hoy en día que los menores pertenezcan a una

4 Los claros ejemplos de esto son los movimientos #YoSoy132 y #TodosSomosAyotzinapa. Al respecto véase Marcial, 2015.

unidad familiar no les garantiza (aunque así lo diga nuestra Constitución) su inserción en el sistema educativo; que logren concluir estudios y obtener certificados (aún de posgrado) no les garantiza un empleo con salario digno y prestaciones de ley; y que cuenten con un empleo informal o formal tampoco les asegura el ahorro y la planeación de su futuro como ciudadanos emancipados y padres de familia. Ello provoca incertidumbres y dudas de millones de jóvenes sobre su presente y su futuro.

Lo anterior porque enfrentan cotidianamente situaciones que provocan procesos en los que muchos jóvenes no logran ubicarse socialmente en el presente, ya que el núcleo familiar también se desquebraja ante las presiones económicas de su entorno por conseguir los ingresos necesarios para la reproducción doméstica, debido a sueldos insuficientes y horarios extenuantes. Ante esta falta de sentido del presente y carencia de proyectos a futuro, muchos jóvenes en América Latina optan por vivir intensamente su juventud y en buena parte de los casos ello conduce a detectar y practicar conductas de riesgo en las que las violencias están latentes.

Existen factores que propician las violencias. La zona metropolitana de Guadalajara, por ejemplo, ha presenciado un proceso caótico e incierto de crecimiento urbano, que no sin dejar enormes ganancias a ciertos actores sociales (funcionarios políticos, fraccionadores urbanos, inmobiliarias, concesionarios del transporte urbano, inversionistas, consultores y asesores, entre otros), han desarrollado una ciudad con pocos o nulos espacios que propicien la convivencia social, lo que no sólo ayuda en sus labores al crimen organizado, sino que han provocado inconformidades de muchos de sus habitantes ante el hecho de no poder disfrutar su ciudad, sino más bien sufrirla cotidianamente. Este proceso puede rastrearse hasta los años setenta del siglo xx. Ello, aunado a la presencia histórica de cárteles de la droga en Guadalajara sobre todo a partir de los años ochenta, ha convertido ciertas zonas de la ciudad, ciertos barrios y calles, en espacios negativos para el desarrollo y bienestar integral de los y las jóvenes que los habitan por las fuertes dosis de violencia que los caracterizan. Ante la carencia de espacios adecuados para el ocio, el divertimento y las expresiones juveniles, las relaciones entre los grupos de jóvenes, y de éstos con la sociedad y sus instituciones, se han tornado conflictivas; más aún a partir de los procesos de estigmatización, judicialización y criminalización de muchas de sus actividades, colectivos, formas de manifestación y de organización.

Lo anterior sirve de “caldo de cultivo” para una serie de conductas de riesgo entre los y las jóvenes de Guadalajara, aquellos y aquellas que buscan formas alternativas a la oferta institucional sobre lo que “debe” hacer el joven. Lógica que les aparta, cada vez con mayor fuerza, de los procesos institucionales que, de cualquier forma, representan un proceso claro de “desinstitucionalización juvenil” (Reguillo, 2008) en nuestros días. El alto descrédito de las instancias oficiales (especialmente aquellas encargadas de la seguridad pública) y el caos que se enfrenta cotidianamente en la ciudad, están provocando situaciones en las que las injusticias se buscan resolver a partir de la actuación directa de los ciudadanos.

Pero también existen factores de riesgo para las violencias sociales. La impunidad y la corrupción de autoridades y cuerpos policiacos en su trabajo de control del llamado “narcomenudeo” están generando, a su vez, un modelo cultural de convivencia social en el que los y las jóvenes recurren a la imposición y a la fuerza para resolver diferencias y conflictos cotidianos. Sobrevivir en el barrio para muchos jóvenes implica necesariamente “arroparse” con una violencia real y simbólica. Además, la reproducción social de un modelo cultural tradicional de masculinidad, el cual adjudica como valores reconocidos en los varones (su papel de proveedor y el uso de la fuerza y la violencia), crea también visiones confusas tanto en varones como en sus pares femeninos. Al no poder cumplir con ese papel de proveedor por la falta de empleos, el uso de la violencia se pondera para salvaguardar la hombría cuestionada por no proveer.

Así, la “necesaria” fuerza de los varones encuentra en la “histórica abnegación” de las mujeres vasos comunicantes que naturalizan la imposición y la inequidad de género en relaciones de amistad, amorosas y sexuales, que ponen en riesgo día a día tantos a hombres como mujeres; aunque siempre son ellas las más afectadas en esta temática (Marcial, 2012 y 2013). El incumplimiento del rol asociado al varón en tanto proveedor económico, debido a la precaria situación laboral (en general, pero que afecta en particular y con mayor fuerza a los jóvenes), ha provocado que en sus complejos procesos de socialización los varones demuestren su masculinidad a partir de actitudes y conductas agresivas, de imposición por la fuerza. Pero ante esta precarización laboral, las mujeres cada vez más exigen su derecho a ser proveedoras, aunque en no pocas ocasiones rivalizan con los varones desde la lógica de la agresión y la imposición por la fuerza. Así, se percibe un proceso de masculinización de las expresiones de mujeres jóvenes, en los que las agresiones físicas cada vez son más

frecuentes y más violentas. Las mujeres buscan ser reconocidas por sus pares varones siendo tan agresivas y violentas como ellos.

Por su parte, en Guadalajara y su zona conurbada se presentan también factores que detonan las violencias en los jóvenes al momento de competir entre ellos por ciertos espacios sociales e imágenes de prestigio (barras de fútbol, “barrios” y “pandillas”, *bullying* o acoso escolar, etc.). Las incertidumbres y abandonos dentro del seno familiar, ocasionados actualmente en mayor medida por las limitadas posibilidades de reproducción familiar entre las clases empobrecidas debido al modelo económico que obliga a los padres de familia a estar buena parte del día fuera del hogar, impulsa a las y los jóvenes a buscar oportunidades de convivencia y recreación con sus pares en las calles, esquinas, parques, plazas comerciales. Cuando se enfrentan a problemáticas específicas que les afectan en demasía (problemas de conducta o rendimiento en escuelas, ofrecimiento de sustancias permitidas y prohibidas para su consumo, iniciación y factores de protección en su vida sexual, opciones legales, paralegales e ilegales de ingresos económicos, etc.), las soluciones aparentemente más adecuadas se toman según las experiencias de sus amigos y amigas, de “conocidos”, de lo que encuentran en la red de Internet, de lo que escuchan entre otros jóvenes similares. El abandono social que ocasiona la nula generación de información fidedigna, científica y objetiva ante estas realidades (sin tapa-ojos de índole moral y religioso), y que esta información esté al alcance real de ellas y ellos, provoca decisiones mal informadas que muchas veces implican factores de riesgo e, incluso, detonan procesos de violencia que les afectan directamente.

Finalmente, entre los factores protectores de las violencias, la mejor forma de resistir ante procesos y experiencias de violencia social para los jóvenes radica en contar con información objetiva sobre sus problemáticas. De la misma forma, muchos procesos de empatía y autoestima se están generando dentro de las grupalidades propias, autónomas e informales que ellos y ellas construyen con sus pares. Sentirse protegido dentro de un grupo que dota de sentido sus prácticas, concepciones y experiencias, permite que el joven desarrolle mayores certidumbres en su quehacer cotidiano. Las organizaciones civiles, los colectivos culturales, las asociaciones, los grupos informales, más allá de su basamento (político, ideológico, religioso, estudiantil, cultural, deportivo, profesional, de ocio, etc.), son los espacios que coadyuvan en la construcción de seguridad, autoestima y sentido a

sus participantes; lo que sirve como procesos seguros de resiliencia ante escenarios y experiencias violentas.

La sociedad tapatía, la ciudad de Guadalajara, a través de sus instituciones de gobierno y algunos grupos de ciudadanos organizados, también coadyuva para construir miradas alternativas que rompan con el “círculo vicioso” de las violencias sociales. Desde allí, se ha avanzado en la identificación del hecho de que algunos jóvenes deciden romper con esquemas, discursos, concepciones e interpretaciones de la realidad vigentes socialmente, y de los modelos tradicionales asociados a la juventud; situaciones que empiezan a ser valoradas como parte misma del cambio social, sin caer en estigmatizaciones y exclusiones. Este posible diálogo es uno de los mejores constructores de procesos de resiliencia entre sus “mundos juveniles” y el “mundo adulto”. A su vez, contar con estudios serios sobre problemáticas concretas que afectan directamente a los jóvenes, acrecienta las posibilidades de intervención positiva por parte de la sociedad civil organizada y las instancias de gobierno.

Es justo reconocer en algunos casos del país la implementación de medidas renovadas que han sabido tomar en cuenta los estudios que sobre temáticas juveniles se han desarrollado. Aunque es necesario aún llevar a cabo más estudios sobre la violencia callejera y en las escuelas, la violencia de género e intrafamiliar, la violencia durante el noviazgo, y las violencias en los espacios públicos de nuestra ciudad, por parte de la sociedad civil organizada, algunos grupos han buscado los mecanismos para dotar de herramientas resilientes a los jóvenes tapatíos. Los casos más evidentes en Guadalajara son Barrios Unidos en Cristo, que ha trabajado incansablemente desde la religión católica para contener la violencia callejera entre jóvenes “pandilleros”. El Colectivo Ollín, que lleva 20 años de trabajo en la ciudad sobre la capacitación y difusión de los derechos sexuales juveniles. Así como otras organizaciones, por ejemplo, Ciudad Alterna, Tianguis Cultural de Guadalajara, Mayama, Axios, GDL en Bici, Ciudad para Todos, que han avanzado en la organización, manifestación y elaboración de propuestas referidas a formas más armónicas, eficientes, autogestivas, económicas e inclusivas de vivir y disfrutar la ciudad, desde temas como la movilidad urbana, la creación de espacios culturales y artísticos, el fortalecimiento de los lazos familiares y del autoestima individual, la rendición de cuentas por parte de las autoridades locales, y la difusión de los derechos ciudadanos entre la población de la ciudad (Cfr. Morfín, 2010).

Es indudable que con el paso del tiempo se ha acentuado el resquebrajamiento del tejido social en nuestro país, y ello está afectando con mayor incidencia a los sectores empobrecidos de las zonas rurales y urbanas en las diferentes regiones. Pero saber que el tejido social está dañado no es algo que desconocíamos, ni tampoco es algo que dejara de preocupar a las autoridades, a la sociedad civil organizada, a la academia, a las iglesias, etc. También está ya documentado que el sector juvenil está siendo uno de los más golpeados por esta crisis, provocando entre ellos y ellas el más significativo número de víctimas y victimarios tanto en el “frente” de la llamada “guerra contra el crimen organizado” (sicarios, policías, soldados, cárteles), como en casos identificados también desde el léxico propio de una situación de conflicto bélico como las “víctimas colaterales” (población civil afectada).

Es pertinente considerar que existe un vínculo entre la imposición de modelos estructurales de la economía neoliberal, los procesos contemporáneos de individualismo y las violencias sociales. La primera relación entre esta tríada (la que se da entre el neoliberalismo y el individualismo) busca insistir sobre el hecho de que “no necesitamos a la sociedad”, ya que todos somos los únicos responsables de nuestro bienestar personal (Peters, 2001; Brown, 2003). Desde un punto de vista meramente criminológico, no es difícil de entender cómo este enfoque centrado en el individuo puede llevar a expresiones diversas de violencia. Siguiendo a Hirschi (1969) y su teoría del control social, podemos afirmar que los vínculos sociales débiles facilitan que las personas se desvinculen de lo social y, con ello, puedan entrar en los ámbitos paralegales e, incluso, ilegales de reproducción social. Desde esta visión, las personas son “naturalmente” egoístas y usan la oportunidad de individualización para superar las condiciones restrictivas de la sociedad; además de que, en la medida en que son muchos quienes lo hacen así, se considera cada vez más plausible este tipo de “salidas” individualistas. Recordemos que el neoliberalismo insiste en valorar perversamente al individuo sobre la sociedad, sobre la colectividad, por lo que ello imprime una desarticulación, un resquebrajamiento de los lazos sociales.

Así las cosas, a medida de que el neoliberalismo se hace más prominente en nuestras sociedades, se puede esperar que el individualismo y, como resultado, la violencia interpersonal se incremente. El proceso de individualización es uno de los aspectos fundamentales de la lógica neoliberal: en tal esquema de organización social, “la individualización es un destino, no una elección” (Bauman, 2000: 34). También, como es sabido, los neoliberales han dado

cuenta de que para que su modelo sea exitoso, la población debe internalizar la creencia de que los individuos son sólo para ser recompensados en su esfuerzo personal (Amable, 2011). Por su parte, Scharff (2011) explica que el proceso de individualización en el neoliberalismo tiende a generar una realidad en la que las desigualdades estructurales se convierten en problemas individuales.⁵ Esto implica, desde la lógica neoliberal, que cualquiera “puede” superar los obstáculos que enfrenta por estas desigualdades estructurales solo con “quererlo” y “aplicarse a ello”. Cabe aquí destacar también las aseveraciones de Brown (2003) al respecto, quien afirma que las políticas de cuño neoliberal imponen un componente moral en caso del éxito o fracaso individual. Sufre el que lo hace “mal”, porque así lo quiere.

Para “cerrar el círculo”, al considerar que los individuos son responsables de su propio destino, el neoliberalismo asegura que el Estado nacional no intervenga en ello, ya que es una cuestión de “mérito individual” (Amable, 2011).

No hay tal cosa como la sociedad. Hay hombres y mujeres individuales, y hay familias [...] no hay tal cosa como el derecho (Margaret Thatcher, citada en Keay, 1978, pag. 8).

El individualismo como proceso, y su correlato del alejamiento sistemático del Estado de sus responsabilidades sociales, permite que el neoliberalismo desproteja a los ciudadanos ante un marcado incremento de las violencias sociales y de la criminalidad. Según Hirschi (1969), ante el decremento y la desaparición de la seguridad social y los proyectos personales y comunitarios de futuro, los ciudadanos y las ciudadanas tienden a actuar por propio interés y a comportarse de maneras ilegítimas (paralegales y/o ilegales). Ello tiende, a su vez, a posibilitar un incremento de conductas de riesgo, por un lado; y por el otro, acciones y relaciones netamente violentas y de imposición por la fuerza. En este sentido, entonces, el neoliberalismo puede ser visto, debe ser concebido, como contribuyente y facilitador de las

5 El mejor ejemplo de esto, sucedido no solo en México sino en otros países iberoamericanos, es el estigma hacia aquellos jóvenes que por esas desigualdades e inequidades estructurales no tienen acceso al empleo y a la educación, y que fueron calificados como “NINIS” (ni estudia, ni trabaja) desde el gobierno y los medios masivos de comunicación. Lo que buscó perversamente culpabilizar a estos jóvenes de su situación concibiéndolos como “holgazanes” que individualmente “no se les deba la gana” realizar alguna o ambas actividades.

violencias individuales, actuando a través del proceso neoliberal de individuación. Y de allí las consecuencias en las violencias sociales.

Ya Pierre Bourdieu (1992) documentó oportunamente cómo la llegada del neoliberalismo a su país, Francia, ha provocado que el Estado se preocupe menos por el bienestar social y comunitario de sus ciudadanos, mientras que se ha preocupado y ocupado más en el adecuado funcionamiento estructural de la economía (cualquier similitud con la realidad mexicana es meramente una característica neoliberal). Fougère, Kramarz y Pouget (2009), en la misma Francia, destacan también que el crimen juvenil violento aumentó en ese país dramáticamente entre 1990 y 2000, con la llegada del neoliberalismo. Tal perversa relación entre la triada neoliberalismo-individualización-violencia provoca una pérdida de integración comunitaria y, como resultado, un potencial incremento de las violencias sociales (Hirschi, 1969).

[...] el neoliberalismo no puede causar directamente la criminalidad y la violencia.
 [...] Pero sus consecuencias sin duda ayudan a crear las circunstancias en las que las tasas de criminalidad son más propensas a incrementarse (Horsley, 2010: 20).

Es ya evidente que una de las principales consecuencias del neoliberalismo es la desigualdad económica y política, además del individualismo exacerbado. La estrecha relación entre inequidades sociales y procesos de individualización está implicando en el retiro del Estado de la política social asertiva, y de que una vida institucional y reglamentada, provoque en los ciudadanos y ciudadanas percepciones de decisiones, acciones y procesos impositivos, agresivos, violentos e injustos; lo que no pocas veces implica la frustración social de muchos afectados. Con tales procesos de resquebrajamiento de los vínculos sociales por las políticas neoliberales, las violencias han sido la respuesta de diferentes individuos y grupos. Y en todo ello, desgraciadamente, los protagonistas más visibles son los jóvenes.

Referencias

Amable, B. (2011). *Morals and Politics in the Ideology of Neo-Liberalism. Socio-Economic Review. I (9)*, Chicago, pp. 3-30.

- Bauman, Z. (2000). *Modernidad líquida*. Barcelona: Gedisa.
- Bourdieu, P. (1992). The Left Hand and the Right Hand of the State. Sapiro, G. (ed.). *Acts of Resistance: Against the Tyranny of the Market*. Nueva York: The New Press, pp. 86-93.
- Brown, W. (2003). Neo-Liberalism and the End of Liberal Democracy. *Theory & Event*. 1 (7), Nueva York, pp. 1-19.
- Fourgère, D., Kramarz, F. & Pouget, J. (2009). Youth Unemployment and Crime in France. *Journal of the European Economic Association*. 7 (7), Londres, pp. 909-938.
- Hirschi, T. (1969). *Causes of Delinquency*. Berkeley: University of California Press.
- Horsley, M. (2010). Capitalism and Crime: the Criminogenic Potential of the Free Market. *Internet Journal of Criminology*. Recuperado de <http://www.internetjournalofcriminology.com/>
- Keay, D. (1987). Aids, Education and the Year 2000. *Woman's Own*, San Diego, pp. 8-10.
- Marcial, R. (2012). Experiencia y expresiones de la violencia social en jóvenes de Guadalajara. Rodríguez, G. (coord.). *La realidad social y las violencias: zona metropolitana de Guadalajara*. Guadalajara: CONAVIM-INCIDE Social-CIESAS-ITESO, pp. 283-318.
- (2013). Violencia en parejas jóvenes del área metropolitana de Guadalajara. Peredo, A. (coord.). *Un mejor escenario para las metrópolis: ¿quimera o posibilidad?* Zapopan: El Colegio de Jalisco.
- (Junio 2015). Juventudes en movimiento: #YoSoy132 y #TodosSomos Ayotzinapa. Conferencia presentada en el Coloquio *Movimientos emergentes y nuevos escenarios políticos-sociales*. El Colegio de Jalisco, Zapopan, Jalisco.
- Morfin, C. (2012). *Un 'atentado amoroso' para recuperar la ciudad: cultura política en jóvenes movilizados por la redefinición de los espacios públicos en Guadalajara*. Doctorado en Ciencias Sociales. Guadalajara: CIESAS-Occidente.

- Peters, M. (2001). *Poststructuralism, Marxism and Neoliberalism: Between Theory and Politics*. Nueva York: Rowman & Littlefield.
- Reguillo, R. (2008). Las múltiples fronteras de la violencia. Jóvenes latinoamericanos: entre la precarización y el desencanto. *Pensamiento iberoamericano*. (3), Madrid: Agencia Española de Cooperación Internacional, pp. 205-225.
- Scharff, C. (2011) Disarticulating Feminism: Individualization, Neoliberalism and the Othering of 'Muslim Women. *European Journal of Women's Studies*. II (18), Londres, pp. 119-134.